Intercambio con un inglés

Colección Planeta Verde

Título original: *Das Austauschkind*
© del texto, Christine Nöstlinger, 1982
© de las ilustraciones,
Gerardo Amechazurra
© iustración de cubierta, Marike Knaapen
© de la traducción, Luis Pastor

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Primera edición | agosto de 2012
Tercera edición en Chile | enero 2018
ISBN | 978-956-247-954-7

Impreso en China / *Printed in China*

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

Intercambio con un inglés

CHRISTINE NÖSTLINGER

ILUSTRACIONES DE Gerardo Amechazurra

Planetalector
Literatura Infantil y Juvenil

Yo me llamo Ewald Mittermeier y cuando comenzó esta historia tenía trece años y una semana. Cuando acabe tendré trece y siete semanas.

Si he entendido bien a mi profesora de lengua, lo que escribo es un relato autobiográfico o algo así, porque lo que cuento me ha sucedido de verdad. Procuraré que sea corto, pero no sé si lo conseguiré, pues las seis semanas de las que voy a hablar estuvieron llenas de acontecimientos y fueron apasionantes, tanto para mí como para toda la familia. Y apenas tengo práctica en escribir cosas emocionantes.

En nuestra casa nunca hasta ahora ha ocurrido nada interesante (cuando en la escuela había que hacer una redacción, por ejemplo sobre «un domingo en familia» o algo parecido, siempre he tenido que inventarlo, porque lo que sucede de verdad en casa un domingo no da para nada decente). Dice mi madre que eso es porque nosotros llevamos una vida familiar armoniosa. Mi hermana opina lo contrario, que lo nuestro no es concordia, sino aburrimiento puro.

Tenga la razón una u otra, el hecho es que yo estoy acostumbrado a la regularidad monótona, y por eso no es mi fuerte narrar cosas apasionantes. Y ahora caigo en

ello al ver que no puedo empezar el relato por la semana que siguió a mi cumpleaños. Tengo que remontarme a más de un mes antes.

Fue un viernes, durante el recreo. Yo estaba en clase, sentado a mi mesa y comiendo una manzana muy pasada, toda café junto al corazón, que no me gustaba. Entonces entró Herbert Pivonka, que venía del baño, pasó a mi lado y dijo:

—Elsi, tu madre está en el pasillo hablando con el profe de inglés.

Algunos compañeros me llaman Elsi. Lo encuentran de lo más de gracioso. Un día me pillaron el certificado de nacimiento y descubrieron mi colección de nombres: Ewald Leonhard Stefan Isidor. Y por desgracia, Wolfgang Emberger cayó en que las iniciales juntas daban «elsi».

Tengo cuatro nombres porque mi madre quería Ewald (como su hermano); mi abuelita, Leonhard (no sé por qué razón), y mi papá y mi abuela paterna, Stefan. (Yo hubiese preferido solo el primero.) El horrible Isidor fue por mi tío abuelo Isidor.

—Para darle una pequeña alegría —dijeron mis padres—. El tío abuelo Isidor es bastante rico y pudiera ser que nos deje la herencia si de vez en cuando le damos pequeñas alegrías.

Pero todos mis primos se llaman también Isidor de segundo, tercero o cuarto nombre, así que no voy a ser yo el heredero solo por esa tontera.

—¿Qué quiere el profe de inglés de tu madre? —me preguntó Herbert Pivonka.

El profe de inglés no quería nada de mi madre, seguro. Lo más probable era que mi madre quisiera algo de él. Querría un notable en inglés para mí. Faltaba entonces solo un mes para terminar el curso y las notas ya estaban prácticamente dadas. Yo esperaba todo sobresalientes y notables. «Un curso brillante.» En inglés solo había sacado en las evaluaciones entre suficiente y bien. Y como tampoco era un genio en la pronunciación, con un aprobado en inglés me daba con una piedra en los dientes.

Mi madre siente debilidad por las notas brillantes. Creo que gozaría más con una evaluación final, mía o de mi hermana, donde no hubiese más que sobresalientes, que con un abrigo de visón, que es uno de los grandes sueños de su vida.

Así que, de todas todas, mi madre fue a ver al profe de inglés para convencerlo de que me diese un notable. ¡Para que no desluzca mi historial un roñoso suficiente! No me había dicho nada, pero la conozco. Para mí estaba claro, pero a Herbert Pivonka no se lo dije, natural. Una cosa de esas no podía contársela a nadie de clase. Era ridículo por completo. Y más en una asignatura como inglés, donde había por lo menos cinco niños que estaban temblando con el examen de recuperación y otros dos que ya no se salvaban.

Fingí ante Herbert Pivonka que no tenía la menor idea de lo que el de inglés quería de mi madre, y confié con todas mis fuerzas en que el profe se resistiese a po-

nerme el notable. ¡No quiero regalos! Los demás se dan cuenta y te lo echan en cara, y luego te tienen por «patero» y «apitutado», y eso es lo último.

A mediodía, en casa, confirmé mis sospechas. Mi madre admitió haber ido a mendigar un notable al profe de inglés, y estaba deprimida porque no había tenido éxito.

—No lo entiendo —se lamentó—, siempre ha sido tan considerado y comprensivo. Hoy debe de haber tenido un mal día.

El profe de inglés no había tenido ningún mal día. Hoy, seguro que le había sentado como una patada en la guata que mi madre lo asaltara en el pasillo durante el recreo. No puede soportar que mientras come su sándwich vengan las madres a darle la lata con problemas de notas. Nos lo ha dicho cien veces.

—¿Para qué tengo la hora de consultas? Me parece una desatención y una pesadez que vengan a molestarme en mi único y tan merecido rato de descanso. Háganme el favor de comunicárselo a sus queridos papás.

Yo lo he dicho en casa, pero a mi madre no le cabe en la cabeza que para el profe de inglés sea más importante su sándwich que mis calificaciones.

Bueno, ya tranquilo me senté a la mesa de la cocina. Cuando no vienen ni papá ni mi hermana, mamá y yo comemos en la cocina. Había espaguetis. Acababa de descargar en la boca una cucharada de ellos, enrollados, cuando saltó mi madre.

—Dice que deberíamos mandarte a Inglaterra.

Tenía la boca tan llena de pasta que no pude contestar en unos segundos. Tragué al fin y pregunté:

—¿Quién lo dice?

Sabía que mamá se refería al profe de inglés, naturalmente, pero me molesta su forma de soltar las cosas. Además, hacía ya media hora que habíamos dejado lo de su intento de convencer al profe de inglés y hablábamos de otras cosas muy distintas, así que no tenía por qué suponer tan fácilmente a quién se refería.

—¡El profesor de inglés! ¿Quién si no? —respondió mi madre mirándome y meneando la cabeza—. Estaba de acuerdo; por tu pronunciación —continuó—. Dice que no pasas del suficiente solo porque no hablas lo bastante bien. Y además, que nunca levantas la mano.

Lo dijo en un tono de profundo reproche.

Separé de mí el plato de espaguetis. No tenía ganas de seguir comiendo.

Mamá se levantó, tomó su bolso y sacó de él una hoja de papel verde pálido.

—Curso de verano en Oxford, 15 de julio a 15 de agosto —leyó para sí entre dientes.

Conocía el contenido de aquella hoja verde. Hacía semanas que tenía otra igual en mi mochila. Las habían repartido en todas las clases.

—Quedan todavía algunos cupos —dijo mi madre—. A la tarde lo hablaré con papá.

Sin más comentarios depositó el papelajo verde en el armario de la cocina, sobre la panera, metió en el lavapla-

tos la vajilla que habíamos usado y lo puso en marcha. Y yo me quedé, estoy completamente seguro, pálido, blanco-grisáceo como la nieve en el asfalto. Especialmente en casos como este toda la sangre me baja de la cabeza y me bulle en la barriga. Se pone a hervir a borbotones. ¡Es para cabrearse que a uno no le pregunten jamás lo que piensa o lo que quiere! Da lo mismo que se trate de calcetines de lana, plumas estilográficas, cursos en Inglaterra, talla de los calzoncillos o sitios para ir de excursión. Mi madre sabe lo que me conviene. Y cuando no lo sabe del todo, va y pregunta a mi padre. Pero consultarme a mí, es algo que ni se le ocurre.

Este es un gran problema en mi vida. He pensado largo y tendido sobre él y he llegado a la conclusión de que probablemente me pasa porque me defiendo poco. Cuando estaba en primaria había uno, Martin Hodina, el que se sentaba a mi lado, que no tenía mi problema, seguro. Siempre que alguna cosa no le parecía daba un chillido fuerte y agudo como la sirena de una fábrica cuando se acaba el trabajo. Toda su familia tenía un miedo atroz a sus gritos, y para no tener que soportarlos le preguntaban tres veces lo que quería. Pero yo para eso tenía que haber empezado antes. Con trece años ya no hay nada que hacer. Además, yo creo que para soltar esos gritos hace falta tener mucha sangre en la cabeza. A Martin Hodina se le ponía toda la cara roja cuando gritaba y, como ya he dicho, en esos casos a mí la sangre se me va a la barriga y se pone a hervir.

Mi hermana dice que soy demasiado buenazo y demasiado tranquilo para defenderme. Pero ¡bah!, no es cierto. Si yo fuera un buenazo la sangre no me saltaría de rabia en las tripas, y si fuera un tranquilo lo más que haría la sangre sería columpiarse. Eso si se molestaba en bajar desde la cabeza. Cuando explico esto a mi hermana, se ríe y dice:

—Waldi, entonces solo queda una posibilidad. Serás uno de los casos raros de niño en que ha dado fruto la buena educación. Los niños bien educados jamás llevan la contra.

Quizá en esto tenga razón mi hermana. Pero ¡gracias a Dios, no tan bien educado como para dejarme matricular a un colegio de Oxford sin decir ni pío!

Seguro que hay un montón de chicos que irán a gusto a esos colegios. En nuestra clase ya había entonces cinco inscritos de lo más de contentos, otros tres aún estaban intentando convencer a sus padres para que les diesen permiso, y dos más hechos polvo porque no se lo daban.

Pero a mí no me da ni media gana ir a un colegio inglés a las órdenes del profesor Tannegeist. Y todos los que me conocen, aunque solo sea un poquito, y mi madre debería ser uno de ellos, tendrían que saberlo. No me gustan ni los cursos de esquí ni las semanas escolares de campo. Todo lo que sea estar las veinticuatro horas en rebaño de alumnos bajo la vigilancia de unos profesores no lo puedo aguantar. Y por lo menos los cursos de esquí y las semanas de campo tienen de bueno que mientras dura ese tormento te ahorras el otro de las clases, pero el colegio de Oxford es en vacaciones. Solo tiene desventajas: desayuno miserable, comida aún peor, tiempo libre regulado, uno que ronca en el camarote de arriba, calcetines apestosos, y los tienes que lavar tú, excursiones contándote antes y después para que nadie se pierda, y si te retrasas cien pasos de la manada o, por ejemplo, te separas tres minutos para contemplar en una iglesia la parte trasera de un altar, en seguida te vienen con la cantaleta de que te dispersas y de que vas a perderte.

¡Y ante todo, que ya tengo de sobra con aguantar a profesores y compañeros todas las mañanas, seis días a la semana, durante el curso, para hacerlo también por gusto en vacaciones!

Por la tarde intenté explicar estas razones a mi madre. No las aceptó. Ella, terca, dale con que una temporada en un colegio de Inglaterra me iba a venir de anillo al dedo para mejorar el vocabulario y la pronunciación, y que el año próximo podría sacar un notable o un sobresaliente sin esfuerzo. Además, me plantó que era un hijo desagradecido. No de forma tan directa, naturalmente. Mi madre no es así. Una de sus frases preferidas es: «De los hijos no hay que esperar nada». Luego no puede quejarse a las claras de ingratitud. En cambio me repitió diez veces:

—Otros niños estarían dando saltos de alegría si sus padres les pudiesen costear una estancia en Inglaterra. A fin de cuentas no resulta tan barato, ni nosotros somos tan ricos como para decir que es una insignificancia. Ni pensarlo.

Mi padre también se mostró partidario de mandarme a Inglaterra. Él no tanto para que consiguiese pronunciar la *th* con la perfección que hubiera debido corresponder al curso siguiente. Su preocupación por el desarrollo de mi personalidad era más profunda.

—Ewald —dijo mi padre al acabar el telediario—, Ewald, verás qué bien te hará. Un mes entero conviviendo con otros chicos como tú. No hay nada más bonito a tu edad. A tu edad los amigos son lo más importante. En

Oxford harás amigos de verdad. Ya me dirás, Ewald. No hay como un curso de verano para forjar amistades.

¡Claro! Tenía que haberlo supuesto. Desde el jardín infantil está mi padre preocupado porque no tengo amigos «íntimos». No para de preguntarme sobre ello. Según dice, cuando era joven, debió de tener cuatro amigos «íntimos», por lo menos, y él era el cabecilla de los cuatro. Y como sigo sin poder contarle nada de amigos «íntimos», me mira como si yo fuese carne de psicólogo. No puede comprender que no me interese tener amigos «íntimos». Piensa que no me salen, que nadie quiere ser mi amigo. Y si nadie quiere ser mi amigo, será que ven en mí algo raro. Y eso le inquieta, naturalmente. Él querría que su hijo fuese un chico normal.

En fin, a pesar de mis protestas, mis padres me hubiesen mandado a Oxford si no hubiera sido por mi hermana. Mi hermana Sybille tiene quince años y es superinteligente. Enormemente lista. No me refiero a su memoria, que eso es aparte. Puede meterse un mamotreto en la cabeza en nada de tiempo, sacar un diez en el examen y olvidar otra vez el rollo en un momento. Además, Sybille es astuta. Cuando se dio cuenta de que yo intentaba con desesperación y sin éxito defenderme del viaje a Inglaterra, me hizo un guiño y me dijo al oído que iba a tratar de librarme. Yo tenía ya pocas esperanzas, pero Bille es cosa seria. Se puso delante de mí y dijo bien alto:

—¡Excelente!, Waldi, en Oxford te podrás conquistar a Verena. Es la que te desvela, ¿no?

—¿Tú estás loca? —salté yo. Pero lo dije bastante bajo, porque me había dado cuenta de que Bille tramaba algo.

Sybille me dio un puntapié en la canilla, hizo otro guiño y continuó, más alto todavía.

—¡Claro!, Waldi, verás: es costumbre en los cursos de Inglaterra. Todas las noches, cuando los profes están dormidos, hay conquistas a montones. El verano pasado se hicieron novios cuatro de mi clase. —Se tragó la risa—. Por culpa de eso Gertrud no puede volver este año.

Poco a poco comprendí cuál era la idea.

—Eso nunca se sabe —farfullé con una risa burlona, que me sonó bastante imbécil.

Es verdad que en los campamentos de verano de nuestra escuela hay cierta «vida amorosa». Por lo menos, los que han ido cuentan y no paran. Pero esa «vida amorosa» también la hay en los cursos de esquí y en las semanas de campo. Además, si con «los pinches» pasa igual que con las «curaderas», la cosa no es para tanto. Una vez, en el curso de esquí, Werwenka Otti metió una botella de vodka escondida en los calcetines gordos y unos cuantos de mi clase se la bebieron por la noche acurrucados en la parte de abajo de un camarote. Después se emborracharon de arriba abajo. Y se pusieron algo enfermos. Pues bien, Werwenka Otti y los que se emborracharon con él no han parado en todo el año de contar lo «bacán» que fue aquella noche. Hasta uno de la clase de al lado me preguntó un día si era verdad que todos se «fumaron», y yo le dije que sí como un tonto, porque

en realidad habían fumado cigarrillos mientras bebían. Luego me explicó mi hermana que «fumarse» es una palabra que se emplea para el rollo del hachís.

Como en el curso de esquí había vivido lo de la borrachera y como no soy hábil para hablar de temas amorosos, dije a mi hermana:

—De todos modos la botella no para.

Una frase completamente idiota, pero que la ha dicho de verdad Herbert Pivonka, que va todos los años al colegio ese de Inglaterra.

Bille y yo estuvimos más de un cuarto de hora representando la comedia de los «pinches» y las «curaderas». Si nos hubiera oído el honorable profesor Tannegeist, el director de los cursos de Oxford, le habría dado un patatús de pura indignación, con ataque de histeria incluido. Mi madre tampoco podía soportar nuestra conversación. Intentó interrumpirnos con suspiros diversos como:

—Pero ¡Bille!, ¡Ewald, qué cosas dices, por el amor de Dios! —Y—: ¡No consiento esas indecencias!

Pero como no nos dejábamos callar, y yo cuando estoy con mi hermana me vuelvo más fresco y más descarado, mi madre salió de la habitación y cerró dando un portazo.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, mi madre me comunicó que había reconsiderado una vez más con papá el asunto de Oxford y que, tras madura reflexión, los dos habían llegado al acuerdo de que la estancia en Inglaterra no era lo más conveniente para mí.

—¿Y por qué no, si puede saberse? —preguntó Sybille, mirándome de refilón con los ojos bizcos por encima del borde de su taza de café.

—Es todavía muy joven —dijo mi madre.

—Ayer no era más viejo —dijo mi hermana.

—Nunca ha salido él solo —dijo mi padre.

—Ha estado dos veces en los cursos de esquí y una vez en la semana de campo de la escuela... por favor... —dijo Sybille.

—Pero no en el extranjero —dijo mi madre—. Ahí está la gran diferencia.

—Y él no quiere ir, encima... —dijo mi padre.

—Ayer, eso te importaba un rábano —dijo Bille; y yo le di suave en la canilla por debajo de la mesa, que más vale no menear mucho lo que ya está en el bote.

«Lo importante es que me libro de Oxford», pensaba para mí.

Mi hermana no habló más. Quizá se calló también porque ya eran las ocho y media y teníamos que marcharnos.

Ya camino de la escuela Bille añadió:

—No me puedo callar porque nuestros viejos se ponen como locos y se atragantan cantidad cuando aparece lo del sexo.

—Le pasa a la mayor parte de los padres —dije yo.

Bille sacudió la cabeza.

—Los nuestros se cortan más que los otros. Los demás padres solo están contra el sexo cuando se trata de sus hijos, pero los nuestros es que no pueden ni hablar del tema.

Bille opinaba que otras madres y otros padres hubiesen dicho sencillamente que no estaban dispuestos a que un hijo suyo menor de edad se pasase las vacaciones revoloteando de flor en flor.

—Pero papá y mamá —voceó Bille golpeándose la frente con la yema de un dedo—, te juro que se hubiesen puesto rojos y a tartamudear de vergüenza si se ven en el compromiso de decir algo. En lo del sexo es que no sueltan ni media palabra.

Entonces me miró con curiosidad y preguntó:

—¿Te han explicado a ti la cosa?

Yo meneé la cabeza.

—¡Ves! ¡Ahí lo tienes! —gritó Bille triunfante—. Ni eso son capaces de hacer.

En ese momento Irene Touschek, la amiga de Sybille, apareció por una calle lateral haciendo señas y corriendo hacia nosotros, así que no pude terminar de contestar a la pregunta de mi hermana. En realidad ella no tenía razón del todo. Hace un año aproximadamente papá quiso explicarme la cosa...

—Ewald, tengo que hablar contigo —me dijo un día cuando estábamos en casa los dos solos. Me miró con ojos de dolor de muelas. Me entró un miedo horrible de que hubiese ocurrido algo espantoso. Que la abuelita fuese a morirse. O la abuela: la abuelita es la madre de mamá; la abuela es la madre de papá. O que ya no tuviésemos dinero, pensé. Ni para comer siquiera. O que no nos alcanzase para ir de vacaciones. O que tuviésemos que ir a vivir a otro sitio. Una vez, hace mucho, estuvo a punto de